

Los pecados capitales: noción y división: soberbia, avaricia, lujuria, envidia, gula, ira y pereza.

La conversión permanente y el camino del amor cristiano. La conversión, la lucha ascética y los sacramentos. Necesidad de amar la lucha ascética. El amor insustituible de la Cruz. El imprescindible recurso a la oración y a los sacramentos.

Nos hemos limitado a exponer con minuciosidad el rico contenido de este libro de teología moral. Su valor no está solo en la riqueza de la doctrina sino en el orden con que están expuestos los múltiples temas.

El lector podrá encontrar el tema que le interese a través de esta exposición, así como la solución debida a todos los problemas morales planteados.

No hay originalidad en los temas tratados, que son los tradicionales en la teología moral. Pero hay una gran riqueza en la exposición, una actualizada y muy bien documentada ilustración de los mismos, seguidos con sistemático orden y minuciosidad. Este es el mérito fundamental de la obra.

O. N. D.

JUAN JOSE SANGUINETI, *Ciencia aristotélica y ciencia moderna*. Editorial de la Universidad Católica Argentina, Buenos Aires, 1991, 216 pp.

En el capítulo introductorio de este libro ("La ciencia como empresa humana", pp. 9-26), el autor parte de la distinción de los bienes humanos, entre los cuales se cuenta el saber científico, y el bien en que estriba la moralidad, "porque ningún aumento de bienes humanos [...] asegura la perfección humana en esta vida" (p. 20). En este sentido, Sanguineti se ha propuesto subrayar la significación de una de las facetas más encomiadas de la ciencia en nuestro tiempo: su carácter de actividad y aun de "trabajo", lo que le ha llevado a considerar el obrar científico con una marcada inclinación a introducir una suerte de practicidad intrínseca al conocimiento epistémico en cuanto tal. De allí la afirmación de que "La actividad científica del hombre, que por sus fines puede ser contemplativa, ética o técnico-artística, debe objetivarse en la forma de una obra artística, por la índole racional humana y por las exigencias de su dimensión comunicativa" (p. 19). Afirmación al extremo discutible, pues deriva no tanto de un examen de la entidad formalmente espiritual o intencional de la ciencia en sí misma, sino más bien del uso o de las aplicaciones que el hombre puede hacer de su saber científico. De hecho, no se ve qué necesidad tiene la estructura óntica de la ciencia de plasmarse objetivamente como una obra artística, que en todo caso supone una construcción extrínseca al conocimiento intelectual en acto en que consiste la esencia de tal saber. La ciencia se consume esencialmente como conocimiento; no como el resultado de la aplicación del conocimiento al obrar factivo del hombre, que es un campo operativo reservado al arte o técnica.

El capítulo segundo (pp. 27-72) está dedicado al estudio de la ciencia natural en el contexto de la producción literaria de Aristóteles. En esta parte, Sanguineti atiende particularmente las secciones del saber natural que pertenecen a la competencia de las ciencias positivas y no a la "auscultación física" de la "filosofía segunda". La comparación del aristotelismo con las

teorías matemáticas y cosmológicas de sus predecesores y las diversas respuestas que el Estagirita ha suministrado para la explicación de los fenómenos del mundo material ha inducido al autor a insistir acerca de la precariedad de las teorías legadas por el Filósofo en torno de este peculiar ámbito del saber. Creemos que, con tal insistencia, Sanguinetti ha incurrido en una exageración bastante común entre los estudiosos de nuestros días, esto es, la evaluación del aporte aristotélico al conocimiento positivo pasando por alto las intenciones preponderantemente filosóficas que inspiraban al jefe del Liceo, toda vez que el tenor filosófico de estas intenciones se percibe incluso en aquellas circunstancias en que Aristóteles ha debido lidiar con asuntos tratados paralelamente por los peritos en ciencias positivas o fisicomatemáticas. Quizás sea por eso que el autor haya desmerecido en varias ocasiones la constante invocación de Aristóteles a la experiencia para fundar sus propias teorías físicas, como cuando, en pos de J.-M. Le Blond (cfr. *Logique et méthode chez Aristote*, Paris, 1939, pp. 249-250), asegura que el Estagirita “no llega a distinguir entre la experiencia ‘vívida’ y la experiencia analítica del laboratorio” (p. 51, nota 65). Esta salida nos mueve a preguntarnos si en la época de Aristóteles se hallaba disponible algún “laboratorio” de experimentaciones que difiriera de la “experiencia vivida”.

A pesar de los esfuerzos de Sanguinetti para hacernos comprender qué tipo de limitaciones históricas habrían conducido a Aristóteles a sugerir opiniones superadas por las investigaciones fisicomatemáticas posteriores, su revisión de la ciencia natural del Estagirita nos deja la sensación de que el Filósofo habría sido víctima de una ingenuidad que reduciría su valorización de la experiencia a un virtual eufemismo. De hecho, suena a una verdadera imputación el decir que Aristóteles y los científicos de la antigüedad “no eran en la práctica conscientes de la gran complejidad de la experiencia. Ni conocieron, en sus generalizaciones empíricas de los fenómenos terrestres, la importancia de la precisión cuantitativa. Su ciencia empírica es con frecuencia vaga y gratuita, porque se basa en estimaciones ‘a vuelo de pájaro’, dando así la impresión de que afrontaban la tarea investigadora con demasiada ligereza” (p. 67).

La afirmación de que la física de Aristóteles “no consiguió explicar la causa del movimiento de los seres inanimados, a pesar de haberse centrado en el estudio del *motus localis*” (p. 69), también debe ser objetada con no menos firmeza. Ante todo, porque la investigación del movimiento local no sólo no ha sido excluyente en el enfoque aristotélico de las cosas carentes de vida, sino porque consta de sobra que la profunda compenetración del Estagirita de la necesidad científica de explicar la entidad de los entes naturales *per causas* le ha convencido de la necesidad concomitante de no restringir sus análisis físicos al movimiento local. Nos toca, pues, discrepar nuevamente con Sanguinetti: Aristóteles ha puesto el mayor empeño en destacar que tal explicación no se logra reduciendo la visión epistémica al movimiento de translación de los cuerpos, sino principalmente en la inspección del movimiento de la generación y de la corrupción, dado que es la inteligencia de esta especie de devenir la que nos permite captar la relación del ente movable con sus causas extrínsecas —el agente y el fin— que determinan su propia constitución en la línea de su composición hilemórfica. Gracias a esta indagación genética de las cosas de la naturaleza, la razón filosofante puede ulteriormente adentrarse con la solvencia suficiente en una teorización metafísica de la institu-

ción del ente movable; no ya en la mera línea del movimiento, para lo cual bastan las conclusiones de la filosofía natural, sino en la misma *línea entis*, que no puede ser abordada por el hábito científico del "fisiólogo" en cuanto tal.

Interesante el capítulo consagrado al tema "Cosmovisiones teológicas y ciencia" (pp. 73-90). Sanguineti muestra que la denominada *postmodernidad* ha asestado un duro golpe contra la pretensión positivista de desear recluir en una esfera mítica todo aquello que caiga fuera del ámbito de incumbencia de las ciencias fisicomatemáticas. Al mismo tiempo, aquí el autor pone de relieve los equívocos vigentes en nuestra cultura por lo que atañe a las relaciones entre las ciencias positivas y la teología sagrada.

Retornando a Aristóteles, Sanguineti se aboca a describir el concepto riguroso de ciencia en la filosofía del Estagirita (pp. 91-123), cuya clave, ciertamente, se halla en los *Segundos analíticos*. Tres inferencias descuellan en la exposición de Sanguineti: 1ª) "Los defectos de la ciencia natural aristotélica no se deben a la silogística, sino a la gratuidad de muchos de los principios físicos de Aristóteles [...], o bien a la reducción de la ciencia real al puro esquema silogístico"; 2ª) "La teoría epistemológica de los *Analíticos Posteriores*, aunque en su detalle está evidentemente ligada a la ciencia del pasado, tiene hoy para nosotros el valor de una presentación de la racionalidad más elemental del pensamiento científico, en un contexto filosófico realista"; y 3ª) "Con relación a los contenidos y no sólo a la forma racional, la teoría de la ciencia de los *Analíticos Posteriores* es más congruente con una investigación filosófica que con la ciencia positiva de tipo experimental o con la matemática" (p. 123). Pero esta posición no nos suena concordante con el testamento del Aristóteles histórico. 1º) En primer lugar, porque en ella no se disciernen los principios genuinamente físicos, o, mejor, los principios de cuya objetividad se nutre la investigación de la filosofía aristotélica de la naturaleza, y los principios en que reposa la consideración extrafilosófica o fisicomatemática de las cosas materiales conocidas a través de la experiencia que el jefe del Liceo ha podido cosechar en el siglo IV a.C. Así, por ejemplo, la materia, la forma y la privación son auténticos principios de la naturaleza especulados por el filósofo del ente sensible; mas estos principios escapan a toda observación positiva, de modo que los "defectos" de la "ciencia natural" de Aristóteles no pueden ser mencionados sin la pertinente distinción de los principios recién apuntados. 2º) ¿Es lícito rebajar la imponente envergadura lógica de los *Segundos analíticos* al nivel de "una presentación de la racionalidad más elemental del pensamiento científico"? Aparte de ello, el arte judicativa contenida en esta pieza capital del *Organon* aristotélico no es el instrumento incualificado de un "pensamiento científico" aludido *in genere*, sino más concisamente la técnica propia de las ciencias estrictamente filosóficas, que son aquéllas de las cuales, según el sentir de Aristóteles, se predica de una manera primordial la noción de ciencia. Y 3º) De acuerdo a lo consignado en el punto anterior, no cabe decir que la teoría epistemológica encerrada en los *Analíticos posteriores* "es más congruente con una investigación filosófica que con la ciencia positiva de tipo experimental o con la matemática", sino que, en los dos libros de este tratado de lógica se enuclea el esquema *kat'exochén* de la técnica resolutoria de la que se sirve el filósofo en el proceso racionante de sus argumentaciones conclusivas.

Los dos capítulos postreros ("Ciencia moderna y kantismo", pp. 125-178, y "El post-kantismo", pp. 179-193) ofrecen una interpretación de la crisis epistemológica de los dos últimos siglos. En ellos Sanguineti declara la urgencia de someter a una crítica exhaustiva las redundancias de la pérdida histórica de las reglas fundamentales del saber científico y, por consiguiente, lo imperioso de un reacomodamiento de la problemática actual bajo la mirada directriz de la filosofía.

MARIO ENRIQUE SACCHI